

de los celos que debió sufrir antes de dejar al Destino el cuidado de su venganza.

Reconstituyó lo que debió pasar en su ánimo antes del terrible desenlace; ante todo, el estupor por la rudeza del Destino, de esa venganza que no pidió tan feroz; después la calma del jugador sereno que espera los acontecimientos, leyendo los periódicos, no teniendo más remordimientos que los del capitán al que la victoria costó muchos hombres. Comprendió en seguida que el cardenal echaría tierra sobre el asunto por honra de la Iglesia, y conservaba en el corazón un gran peso, tal vez la pena por aquella mujer tan deseada que no poseyó ni poseería jamás; tal vez unos horribles celos postreros que no confesaba y con los que sufriría eternamente al saber que, aun en la tumba, estaba en brazos de otro.

Y he ahí que de ese esfuerzo vencedor para aparecer tranquilo, de esa espera fría y sin remordimientos, surgía el castigo con el miedo de que el Destino, andando con sus hijos envenenados, no se hubiese detenido otra vez y no hiriese de contra golpe á su padre. Otro rayo que caía, otra víctima la más inesperada y la más adorada. Toda su fuerza de resistencia cedió en un minuto, y se hallaba allí, con el terror del Destino, más desanimado y más tembloroso que un niño.

—Pero,—dijo Pedro con lentitud, como si buscase las palabras;—los periódicos han debido decirnos que el príncipe sucumbió el primero y que la *contessina* murió de pena al abrazarle por última vez... Las causas de la muerte ¡Dios mío! ya sabéis que hasta los médicos mismos, á veces, no tienen seguridad...

Callóse porque oía de pronto la voz de Benedetta, moribunda, que le daba una orden terrible: «Veréis á su padre, y os encargo le digáis que maldije á su hijo. Quiero que lo sepa, debe saberlo para la verdad y la justicia.» ¡Gran Dios! ¿Iba á obedecer? ¿sería esa una orden sagrada que debía cumplirse á pesar de todo, aunque las lágrimas y la sangre tuviesen que correr á torrentes? Durante algunos segundos sufrió con el más desgarrador de los combates, luchando con esa verdad y esa justicia invocadas por la muerte y su deseo personal de perdón, con el horror que á sí propio se inspiraría si mataba á aquel viejo

cumpliendo su implacable misión que no favorecía á nadie. Indudablemente, que el otro, el hijo, debió comprender que en su fuero interno se libraba una lucha tremenda, de la que debía salir la suerte de su padre, porque su mirada se hizo más intensa, más suplicante.

—Al principio se creyó era una mala digestión,—continuó Pedro;—pero la enfermedad se agravó muy deprisa, se asustaron, é inmediatamente fueron en busca del médico.

¡Ah! ¡Los ojos de Prada! Tenían una expresión tan desesperada, estaban tan llenos de cosas las más conmovedoras, las más fuertes, que Pedro leyó las razones decisivas que le iban á impedir hablar. ¡No! ¡No! No heriría al anciano inocente, pues no prometió nada, y habría creído cargar con un crimen la memoria de la muerta si obedeciera á los postreros rencores de ésta. Durante algunos minutos de angustia sufrió Prada una vida entera de dolor tan abominable que bien podía decirse habíase hecho algo de justicia.

—Entonces,—siguió diciendo Pedro;—cuando el médico estuvo allí reconoció que se trataba de una fiebre infecciosa... No hay duda posible. Esta mañana asistí al funeral que fué una ceremonia conmovedora.

No insistió más Orlando, y con el gesto indicó cuan conmovido había estado él aquella mañana, acordándose del funeral. Después, en el momento en que se volvía para arreglar los periódicos con mano que aun temblaba, Prada, con el cuerpo helado aun por un sudor mortal, tambaleándose, apoyándose en el respaldo de una silla para no caer, miró otra vez á Pedro, pero con una mirada fija, muy dulce, impregnada de reconocimiento y con la que le daba gracias.

—Me marchó esta noche,—dijo Pedro, quebrantado y deseando cortar la conversación,—y vengo á despedirme. ¿No tenéis ningún encargo que darne para París?

—No, no,—respondió Orlando; pero recordando de pronto añadió.—¡Eh! ¡sí! Tengo que encargaros algo. Ya os acordaréis del libro de mi antiguo compañero de armas, Teófilo Morin, de uno de los Mil de Garibaldi, de ese manual para el bachillerato que quería traducir para que lo declarasen de texto entre nosotros. Estoy contento por

que cuento con la promesa de que lo admitirán en las escuelas, pero con la condición de que haga algunas modificaciones. Luigi, dame ese libro que está ahí, en ese estante.

Cuando su hijo le entregó el libro, enseñó á Pedro las notas que había escrito con lápiz en las márgenes, explicándole las modificaciones que deseaban del autor en el plan general de la obra.

—Sed lo bastante amable para llevar en persona este ejemplar á Morin, cuyas señas están en la cubierta. Me evitaréis el trabajo de escribir una larga carta, y en diez minutos le diréis más que lo que podría yo contarle en diez páginas. Le daréis un abrazo de mi parte, diciéndole que sigo queriéndole como antaño cuando podía contar con mis piernas y los dos nos batíamos como demonios, entre una lluvia de balas.

Sucedió á esto un corto silencio, ese silencio, esa corteza enternecida del momento de la parida.

—¡Vamos! ¡Adiós! Abrazadme por él y por vos; besadme con ternura como lo hizo poco ha ese niño... Estoy tan viejo y tan acabado, querido señor Froment, que me permitiréis llamaros hijo mío y besaros como abuelo, deseándoos valor, paz y la fe en la vida, que es la única que ayuda á vivir.

Conmovióse tanto Pedro, que las lágrimas asomaron á sus ojos cuando besó con toda su alma en las dos mejillas al héroe imposibilitado, al que vió también llorar. Con una mano vigorosa aun y semejante á un torno le retuvo un momento contra su sillón de impedido, mientras que con la otra le señalaba por postrera vez á Roma inmensa en su duelo, bajo su ceniciento cielo. Su voz se tornó baja, estremecida, temblorosa.

—¡Por favor, juradme que la amaréis á pesar de todo, porque es la cuna, es la madre! ¡Amadla por lo que fué y por lo que quiere ser! No digáis que concluyó. ¡No digáis que concluyó, amadla para que viva y sea aún, para que sea siempre!

Sin poder responder, Pedro le abrazó otra vez trastornándole el ver tanta pasión en aquel viejo que hablaba de su ciudad con tanta pasión, como á los treinta años se habla de una mujer adorada. Y le encontraba tan hermoso, tan grande con su erizamiento de viejo león encanecido,

con su voluntad tenaz de una resurrección próxima, y una vez más evocó el recuerdo de aquel otro gran anciano, del cardenal Boccanera, también aferrado á su fe, no queriendo abandonar nada de su sueño, aunque tuviese que perecer en su sitio con la caída del cielo. Estaban ambos cara á cara en los dos extremos de la ciudad, dominando solos el horizonte con su elevada estatura y esperando al porvenir.

Después, cuando hubo saludado á Prada y se encontró fuera, en la calle del Veinte de Septiembre, no tuvo más que una prisa, la de volver al palacio de la vía Julia para arreglar su equipaje y marcharse. Había hecho todas las visitas de despedida y no le quedaba más que hacer que decir adiós á *donna* Serafina y al cardenal, dándoles gracias por su bondadosa hospitalidad. Para él únicamente se abrieron sus puertas, porque se encerraron en sus cuartos al volver del funeral, resueltos á no recibir. A la hora del crepúsculo, pudo Pedro creerse completamente solo en el vasto palacio, en el que sólo Victorina le hacía compañía. Como indicase que deseaba comer en compañía de *don* Vigilio, le contestó ella que el abate se había encerrado en su cuarto y fuese á llamar á la puerta de éste, inmediato al suyo, pues deseaba al menos estrechar por última vez la mano al secretario; no obtuvo respuesta y adivinó que, víctima de algún acceso de fiebre ó de miedo, se negaba á verle por temor á comprometerse más.

Desde luego quedó todo arreglado, y convenido que una vez que el tren no salía hasta las diez y siete de la noche, Victorina mandaría que le sirviesen la comida en la mesita de su cuarto á las ocho de la noche como de costumbre. Ella misma le llevó una lámpara y ofreció sus servicios para arreglarle la ropa; pero Pedro no quiso que le ayudasen y Victorina tuvo que dejarle que arreglase tranquilamente su maleta que no bastaba para encerrar su ropa blanca y los trajes que mandara á buscar á París, á medida que se prolongaba su permanencia, y había comprado una cajita. La tarea, sin embargo, no fué larga, y pronto quedó vacío el armario, registrados los cajones, la caja y la maleta se llenaron y se cerraron con sus llaves.

No eran aún más que las siete; tenía que esperar una hora antes que comer, y sus miradas, al recorrer las pare-

des para asegurarse de que no se había olvidado nada, se fijaron en el antiguo cuadro, en aquella pintura de un ignorado maestro que durante su permanencia le emocionó tantas veces. Precisamente la lámpara lo iluminaba de lleno, con una luz evocadora, y aquella vez recibió el golpe en el corazón, tanto más profundo cuanto que imaginó ver en el cuadro, en esa hora postrera, un símbolo de su derrota en Roma, en esa doliente y trágica figura de mujer, medio desnuda, envuelta en un paño, sentada en el dintel del palacio del que la arrojaran, llorando con el rostro oculto entre las manos.

Aquella expulsada, aquella obstinada, que sollozaba de semejante manera y de la que no se sabía nada ni cual era su rostro, ni de donde venía, ni lo que había hecho, ¿no era la imagen de la inutilidad del esfuerzo hecho para forzar la puerta de la verdad, de todo el abandono en que el hombre cae en cuanto tropieza con el muro que le cierra lo desconocido? Contemplóla largo rato dominado otra vez por el pesar de tenerse que marchar, antes de haber conocido su rostro, cubierto con su cabellera de oro, esa faz de dolorida hermosura, que soñaba resplandeciente de juventud y tan deliciosa en su misterio. Y Pedro creía conocerla, estaba á punto de lograrlo cuando oyó llamar á la puerta y tuvo una gran sorpresa al ver entrar á Narciso Habert, que hacía tres días había marchado á Florencia en una de esas fugas de afición al arte que solían acometer al joven agregado de embajada. Inmediatamente ejecutó Narciso su brusca invasión.

—Ahí tenéis vuestro equipaje; sé que marcháis esta noche y no quise que os fuéis sin estrechar antes vuestra mano. ¡Y cuántas cosas y qué espantosas ocurrieron desde que nos vimos! Llegué esta tarde y no pude asistir al entierro y funeral de la mañana. Ya podéis figuraros cuál habrá sido mi asombro al enterarme de esas muertes.

Le hizo algunas preguntas, pues, como hombre que conocía la sombría Roma legendaria, sospechaba la existencia de algún drama no revelado. Desde luego no insistió mucho como persona muy prudente en el fondo, y que desea no cargarse inútilmente con el peso de temibles secretos. Se contentó con entusiasmarse con lo que le dijo el presbítero acerca de los dos amantes, enlazados el uno

en brazos del otro, con una belleza sobrehumana en la muerte. Y se incomodó porque nadie hizo un diseño.

—¡Vos mismo pudisteis hacerlo, querido! No importa que no sepáis dibujar; habríais puesto vuestra ingenuidad y tal vez hiciérais una obra maestra,—dijo, y calmándose, prosiguió.—¡Ah! ¡Pobre *contessina*, pobre príncipe! No importa, vedlo, todo puede derrumbarse en este país, pero les queda la belleza, y ésta es indestructible.

A Pedro le chocaron estas palabras y hablaron mucho de Italia, Roma, Nápoles y Florencia. ¡Ah! ¡Florencia!—repetía lánguidamente Narciso, que encendió un cigarrillo y hablaba lentamente á la vez que sus miradas examinaban la habitación.

—Aquí estáis muy bien y con mucha tranquilidad. No había subido nunca á este piso,—dijo, y sus miradas vagaban por las paredes cuando se fijaron en el antiguo cuadro iluminado por la lámpara. Durante un momento parpadeó, quedándose sorprendido, hasta que de pronto se levantó y acercó.—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Pues es muy bueno, muy hermoso!

—¿No es cierto que sí?—respondió Pedro.—No soy inteligente, y sin embargo, me conmovió desde el primer día. ¡Cuántas veces me paré ahí delante, latíendome el corazón henchido de cosas indecibles!

Narciso no dijo nada, poniéndose á examinar la pintura desde muy cerca y con el cuidado de un conocedor, de un perito cuya mirada penetrante decide acerca de la autenticidad y del valor de la mercancía. En su rostro rubio y extasiado se reveló la más grande de las alegrías, mientras que sus dedos sufrían un ligero temblor.

—¡Un Boticelli! ¡Es un Boticelli! No es posible dudarlo. Fijaos en las manos, en los pliegues de esos paños... El tono del cabello, la manera de hacer... el vuelo todo de la composición... ¡Un Boticelli! ¡Dios mío! ¡Un Boticelli!

Desfallecía, se desbordaba con una admiración creciente á medida que se penetraba de aquel asunto tan sencillo y conmovedor. ¿No era el cuadro de un modernismo agudo? El artista previó todo nuestro siglo doloroso, nuestras inquietudes ante lo invisible, nuestra angustia al no poder franquear la puerta del misterio para siempre cerrada. ¡Y aquel símbolo eternal de la miseria del mundo era

des para asegurarse de que no se había olvidado nada, se fijaron en el antiguo cuadro, en aquella pintura de un ignorado maestro que durante su permanencia le emocionó tantas veces. Precisamente la lámpara lo iluminaba de lleno, con una luz evocadora, y aquella vez recibió el golpe en el corazón, tanto más profundo cuanto que imaginó ver en el cuadro, en esa hora postrera, un símbolo de su derrota en Roma, en esa doliente y trágica figura de mujer, medio desnuda, envuelta en un paño, sentada en el dintel del palacio del que la arrojaran, llorando con el rostro oculto entre las manos.

Aquella expulsada, aquella obstinada, que sollozaba de semejante manera y de la que no se sabía nada ni cual era su rostro, ni de donde venía, ni lo que había hecho, ¿no era la imagen de la inutilidad del esfuerzo hecho para forzar la puerta de la verdad, de todo el abandono en que el hombre cae en cuanto tropieza con el muro que le cierra lo desconocido? Contemplóla largo rato dominado otra vez por el pesar de tenerse que marchar, antes de haber conocido su rostro, cubierto con su cabellera de oro, esa faz de dolorida hermosura, que soñaba resplandeciente de juventud y tan deliciosa en su misterio. Y Pedro creía conocerla, estaba á punto de lograrlo cuando oyó llamar á la puerta y tuvo una gran sorpresa al ver entrar á Narciso Habert, que hacía tres días había marchado á Florencia en una de esas fugas de afición al arte que solían acometer al joven agregado de embajada. Inmediatamente excusó Narciso su brusca invasión.

—Ahí tenéis vuestro equipaje; sé que marcháis esta noche y no quise que os fueseis sin estrechar antes vuestra mano. ¡Y cuántas cosas y qué espantosas ocurrieron desde que nos vimos! Llegué esta tarde y no pude asistir al entierro y funeral de la mañana. Ya podéis figuraros cuál habrá sido mi asombro al enterarme de esas muertes.

Le hizo algunas preguntas, pues, como hombre que conocía la sombría Roma legendaria, sospechaba la existencia de algún drama no revelado. Desde luego no insistió mucho como persona muy prudente en el fondo, y que desea no cargarse inútilmente con el peso de temibles secretos. Se contentó con entusiasmarse con lo que le dijo el presbítero acerca de los dos amantes, enlazados el uno

en brazos del otro, con una belleza sobrehumana en la muerte. Y se incomodó porque nadie hizo un diseño.

—¡Vos mismo pudisteis hacerlo, querido! No importa que no sepáis dibujar; habríais puesto vuestra ingenuidad y tal vez hiciérais una obra maestra,—dijo, y calmándose, prosiguió.—¡Ah! ¡Pobre *contessina*, pobre príncipe! No importa, vedlo, todo puede derrumbarse en este país, pero les queda la belleza, y ésta es indestructible.

A Pedro le chocaron estas palabras y hablaron mucho de Italia, Roma, Nápoles y Florencia. ¡Ah! ¡Florencia!—repetía lánguidamente Narciso, que encendió un cigarrillo y hablaba lentamente á la vez que sus miradas examinaban la habitación.

—Aquí estáis muy bien y con mucha tranquilidad. No había subido nunca á este piso,—dijo, y sus miradas vagaban por las paredes, cuando se fijaron en el antiguo cuadro iluminado por la lámpara. Durante un momento parpadeó, quedándose sorprendido, hasta que de pronto se levantó y acercó.—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Pues es muy bueno, muy hermoso!

—¿No es cierto que sí?—respondió Pedro.—No soy inteligente, y sin embargo, me conmovió desde el primer día. ¡Cuántas veces me paré ahí delante, laténdome el corazón henchido de cosas indecibles!

Narciso no dijo nada, poniéndose á examinar la pintura desde muy cerca y con el cuidado de un conocedor, de un perito cuya mirada penetrante decide acerca de la autenticidad y del valor de la mercancía. En su rostro rubio y extasiado se reveló la más grande de las alegrías, mientras que sus dedos sufrían un ligero temblor.

—¡Un Boticelli! ¡Es un Boticelli! No es posible dudarlo. Fijaos en las manos, en los pliegues de esos paños... El tono del cabello, la manera de hacer... el vuelo todo de la composición... ¡Un Boticelli! ¡Dios mío! ¡Un Boticelli!

Desfallecía, se desbordaba con una admiración creciente á medida que se penetraba de aquel asunto tan sencillo y conmovedor. ¿No era el cuadro de un modernismo agudo? El artista previó todo nuestro siglo doloroso, nuestras inquietudes ante lo invisible, nuestra angustia al no poder franquear la puerta del misterio para siempre cerrada. ¡Y aquel símbolo eternal de la miseria del mundo era

aquella mujer á la que no se la veía el rostro y que sollozaba trastornada sin que se pueda enjugar sus lágrimas! ¡Un Boticelli desconocido, un Boticelli tan notable y que no figuraba en ningún catálogo; qué hallazgo!

Se interrumpió para preguntar.

—¿Sabíais qué es un Boticelli?

—A fe mía, no. Un día interrogué á don Vigilio, pero me pareció que hacía poco caso de esa pintura, y Victorina, á la que también hablé, dijo que todas esas antiguallas no eran más que nidos de polvo.

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Narciso.—¡Tienen aquí un Boticelli sin saberlo! ¡Ah! ¡Cómo reconozco en eso á mis príncipes romanos incapaces en su mayor parte de reconocer una obra de arte si antes no la pusieron encima una etiqueta! Es un Boticelli que ha sufrido un poco; pero al que una limpieza bien hecha daría un gran valor, convirtiéndolo en una maravilla, en un cuadro famoso, al que creo tasar muy bajo diciendo que un museo pagaría por él...

Callóse de pronto y no dijo la cifra, acabando la frase con un gesto vago. La noche iba avanzando, y cuando Victorina entró seguida de Giacomo para servir la comida en la mesilla, volvióse Narciso de espaldas al cuadro de Boticelli y no dijo ni una palabra más. Pero Pedro, cuya atención estaba al acecho, admiró todo el trabajo que se estaba realizando en su interior, á pesar de verle tan frío y con sus ojos oscuros que adquirían reflejos de acero. No ignoraba que, bajo el mancebo angélico, bajo la apariencia del florentino, se ocultaba un mozo muy avezado á los negocios, que cuidaba admirablemente su fortuna, mostrándose hasta un poco avaro, según decían. Así que no pudo por menos de sonreír cuando observó que se paraba ante aquella Virgen tan mala, copia detestable de un cuadro del siglo XVIII, colgada al lado de la obra maestra, y exclamaba:

—¡Ved esto! ¡No es del todo malo! Precisamente tengo un amigo que me encargó que le comprase algunos cuadros... Decidme Victorina, ¿creéis que ahora que el cardenal y *donna* Serafina están solos, tendrían algún inconveniente en desembarazarse de algunos cuadros sin valor? La criada levantó los dos brazos al aire, como querien-

do decir que si aquello dependiese de ella, que se los podía llevar todos.

—Creo, señor, que á un comerciante no se los venderían, á causa de esas murmuraciones que corren en seguida, pero tratándose de un amigo, no creo que tuviesen ningún inconveniente. La casa está atrasada y el dinero no vendría mal.

En vano quiso Pedro que Narciso se quedase á comer con él, pues le dió palabra de honor de que le estaban esperando, y hasta caído en falta. Y marchó después de estrechar las dos manos á Pedro, deseándole un buen viaje. Dieron las ocho, y en cuanto quedó solo, se sentó ante la mesita, quedándose Victorina para servirle, después de haber mandado retirar á Giacomo, que había subido en un cesto el servicio.

—Me quemar la sangre estas gentes de aquí con su lentitud,—dijo,—y además, señor abate, es un placer para mí el servirlos vuestra última comida aquí. Ya lo veis; hice que os arreglasen una comida á la francesa, un pollo asado y un lenguado al horno.

Conmovióle la atención, considerándose dichoso al tener por compañera á aquella compatriota mientras que comía, en medio del enorme silencio del antiguo palacio negro y desierto. Conservaba Victorina en toda su gruesa y redonda persona, la tristeza de su suelo, la pérdida dolorosa de su querida *contessina*; no obstante la labor cotidiana se había vuelto á apoderar de ella; su servidumbre aceptada la hacía erguirse, devolviéndola su despierta actividad en su humildad de muchacha pobre y resignada á las peores catástrofes de este mundo. Y hablaba casi alegremente, sin dejar de mudarle los platos.

—¡Y pensar, señor abate, que pasado mañana estaréis en París! En cuanto á mí, paréceme que salí ayer de Auneau. ¡Ah! ¡Es el terruño lo que es hermoso allá abajo: una tierra grasa, amarilla como el oro! No es como esta de aquí, tan flaca y que apesta á azufre. ¡Y qué frescos, qué hermosos son los sauces que hay á la orilla de nuestro riachuelo! ¡Y el bosquecillo en que hay tanto musgo! No, no tienen aquí nada de eso, y sí únicamente árboles de hierro fundido bajo este sol tan bestia que quema las hierbas. ¡Dios mío! En los primeros tiempos habría dado

no sé qué por una buena lluvia que me mojase, que me limpiase de su sucio polvo. Aun ahora me late el corazón cuando me acuerdo de las hermosas mañanas de nuestra tierra, aun, sí, de esos días en que ha llovido la víspera y toda la campiña tiene un aspecto tan agradable, tan dulce como si riese después de haber llorado... ¡No! ¡No! ¡Jamás me acostumbraré á esta condenada Roma! ¡Qué gentes! ¡Qué país!

Se divertía Pedro con aquel cariño al terruño, que después de llevar allí veinticinco años de permanencia la hacía impenetrable, extraña, é inspirándola horror aquella ciudad de luz dura y de vegetación negra como á hija de un país templado, sonriente y bañado por la mañana por sonrosadas brumas. El mismo se decía, no sin una emoción muy viva, que iba á volver á ver las orillas deliciosas del Sena.

—Pero ahora que vuestra ama murió y que nada os detiene aquí, ¿por qué no tomáis el tren conmigo?

—¡Marcharme yo con vos é irme allá arriba!—exclamó, mirándole sorprendida.—¡Oh! Eso no puede ser, es imposible, señor abate. Desde luego sería una ingratitud muy grande, porque *donna* Serafina se acostumbró á mí, y obraría muy mal abandonándola á ella; y á su eminencia cuando están tan angustiados. Y además, ¿qué queréis que yo haga por allí? Ahora mi agujero está aquí.

—¡Entonces nunca más volveréis á Auneau!

—No, jamás, es cierto.

—¿Y no os apena la idea de que os entierren aquí y de dormir en esta tierra que huelé á azufre?

—¡Oh! ¡Cuando esté muerta, me importa muy poco el sitio en que me coloquen!—respondió echándose alegremente á reír.—En todas partes se está bien para dormir, señor abate. Es una lástima que la idea de lo que hay después de la muerte os inquiete tanto. ¡No hay nada, pardiéz! Lo que me tranquiliza y me divierte, es que entonces descansaré y todo habrá concluído para mí. El buen Dios nos debe esto después de lo mucho que hemos trabajado... Bien sabéis que no soy una devota ¡oh! no; pero no me impidió portarme honradamente, y es cierto que, tal como me veis, jamás tuve un amante. Cuando se

habla de estas cosas á mi edad, parece que se dicen tonterías. Si lo digo, es por la pura verdad.

Siguió riéndose como muchacha animosa que no cree en los curas y que no tiene que reprocharse sobre su conciencia ningún pecado. Y á Pedro le asombró ese sencillo valor de vivir, ese grande y buen sentido práctico en aquella mujer laboriosa, tan adicta, que simbolizaba para él al pueblo bajo descreído de Francia, á aquellos que no creían ni creerían jamás. ¡Ah! ¡Ser como ella! Desempeñar su trabajo y acostarse para el sueño eterno, sin una rebelión de orgullo y con la única alegría de haberse llevado á cabo su parte de trabajo!

—Entonces, Victorina, si paso por Auneau, ¿queréis que salude al bosquecillo lleno de musgo?

—Eso es, señor abate, decidle que conservo su recuerdo en mi corazón y que lo veo reverdecer todos los días.

Cuando Pedro acabó de comer, mandó Victorina que Giacomo retirase todo el servicio y luego, como no eran más que las ocho y media, aconsejó al presbítero que pasase aún tranquilamente una hora más en la habitación. ¿A qué irse á la estación tan temprano á coger frío? A las nueve y media enviaría á buscar un carruaje, y en cuanto éste llegase, subiría á decirselo y mandaría que bajasen el equipaje; de manera que podía estar tranquilo y no tenía que inquietarse por nada. Cuando Victorina se marchó y se quedó solo, experimentó una sensación de vacío de extraordinario desprendimiento. Su equipaje, la maleta y la caja, estaban en el suelo en un rincón del cuarto; ¡y qué cuarto más mudo, vago y muerto aquel que se le ofrecía ya á la vista como desconocido! No le quedaba más que hacer que marcharse... se había marchado ya, y Roma á su alrededor no era más que una imagen, la que se iba á llevar en su memoria... Una hora más, y aquello le pareció que tenía una longitud desmesurada.

A sus pies el vetusto, desierto y negro palacio dormía con el anonadamiento de su silencio. Se sentó para esperar y se sumió en una profunda cavilación. Fué su libro lo que evocó, *Nueva Roma*, tal cual lo escribiera y había ido allí decidido á defenderle. Y recordó la primera mañana pasada en el Janículo, en la orilla de San Pietro in Montorio, enfrente de la Roma que soñaba, tan rejuvene-

cida, tan dulce en su infancia bajo el gran cielo puro y como volando entre la frescura de la mañana. Allí se hizo la pregunta decisiva: ¿Podría renovarse el catolicismo, volver al espíritu del cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno trastornado y en peligro de muerte espera para tranquilizarse y vivir? Su corazón latía de entusiasmo y de esperanza, iba, apenas repuesto de su desastre de Lourdes, á intentar otra experiencia suprema, preguntando á Roma cuál sería su respuesta. Y á la sazón su experiencia fracasó, conocía la respuesta que Roma le diera por medio de sus ruinas, sus monumentos, por su misma tierra y hasta por su propio pueblo, por sus prelados y cardenales y por su papa.

¡No! El catolicismo no podía renovarse ¡no! No se podía volver al espíritu del cristianismo primitivo ¡no! No podía ser la religión de la democracia, la fe nueva que salvase las antiguas sociedades amenazadas de ruina y en peligro de muerte. Si bien parecía tener un origen democrático, estaba entonces clavado en ese suelo romano, rey á pesar de todo, obligado á aferrarse testarudamente al poder temporal, bajo pena de suicidio, atado por la tradición, encadenado por el dogma, no evolucionando más que en la apariencia y reducido á una inmovilidad tal, que detrás de la puerta de bronce del Vaticano, el papado era el prisionero, el aparecido de dieciocho siglos de atavismo, con su no inerrumpido sueño de la dominación universal.

En donde su fe de sacerdote, exaltado por el amor hacia los que sufren y hacia los pobres, buscó la vida, una resurrección de la comunidad cristiana, no halló más que la muerte, el polvo de una tierra agotada en la que no crecería nunca más que ese papado despótico, soberano de los cuerpos como lo era de las almas. A su trastornada exclamación con que pedía una religión nueva, contentóse Roma con contestar condenando su libro, como contaminado de heregía, y él mismo lo retiró con el amargo dolor de su desilusión. Había visto, comprendido, y todo se hundió. Y era él, su alma y su cerebro, que yacían entre los escombros.

Pedro se ahogaba y poniéndose en pie abrió de par en par la ventana que daba al Tiber para echarse de bruces en su antepecho durante un momento; la lluvia, que ha-

bía vuelto á empezar por la tarde, cesó entonces. Hacía un tiempo muy templado, de una dulzura húmeda, alestargadora. En el cielo, de un gris ceniciento, debía haberse levantado la luna, porque se la adivinaba tras las nubes que iluminaba con un resplandor amarillento y receloso, infinitamente triste. Bajo esa claridad adormecedora de lamparilla, aparecía negro el horizonte, fantástico, con el Janículo enfrente, con las casas amontonadas del Trans-tibere, la corriente del río allá abajo, á la izquierda, hacia la confusa elevación del Palatino, mientras que la cúpula de San Pedro, á la derecha destacaba su redondez dominadora en el fondo del aire pálido.

No podía ver el Quirinal, pero sabía que estaba á su espalda y se lo imaginaba tapando un pedazo de cielo con su fachada interminable, en aquella noche tan melancólica de un vago ensueño. Y que Roma concluía medio comida por la sombra, y tan distante de la Roma de juventud y de quimera que había visto y amado apasionadamente el primer día desde la cima de ese Janículo, del que á semejante hora, distinguía tan mal la masa tenebrosa. Evocó otro recuerdo, los tres puntos soberanos, las tres cimas ó montes simbólicos, que desde aquel día resumieron para él la historia secular de Roma: la antigua, la papal y la italiana. Pero si el Palatino era el mismo monte descoronado en el que no se elevaba más que el fantasma del antepasado Augusto emperador y pontífice, soberano del mundo, veía con otros ojos San Pedro y el Quirinal que habían como cambiado de sitio. A ese palacio del rey, palacio del que no se ocupaba y que le parecía un cuartel aplanado, y bajo ese gobierno nuevo que le producía el efecto de un ensayo de modernidad sacrilega en una ciudad aparte, le daba entonces, conforme dijera Orlando, el puesto considerable, creciente, que tenía en el horizonte hasta el extremo de llenarlo todo él muy pronto; mientras que San Pedro, esa cúpula, que le pareciera triunfal, color de cielo y reinando sobre la ciudad como rey gigante que nada podía quebrantar, ofrecíasele al presente lleno de grietas, disminuía ya como una de esas enormes vejeces cuya masa se hunde á veces de un solo golpe con el desgaste secreto, con el ignorado desmigamiento de su maderamen.

Un murmullo sordo, una queja rugiente subía del crecido Tiber, y Pedro se estremeció al sentir el soplo helado de fosa que le pasó por la cara. Esa idea de las tres cimas, del triángulo simbólico, despertó en él dos recuerdos de los prolongados sufrimientos del gran mudo, del pueblo de los pequeños y de los pobres, por cuya posesión habíanse disputado siempre. Venía esto de muy lejos, del día en que al repartirse la herencia de Augusto, tuvo el emperador que contentarse con los cuerpos dejando las almas al papa, el que, desde aquel instante, no tuvo más que el deseo ardiente de reconquistar ese poder temporal del que despojaban á Dios en persona. La disputa trastornó y ensangrentó toda la Edad Media sin que ni la Iglesia ni el imperio pudiesen ponerse de acuerdo acerca de la presa que se arrancaban á pedazos. Por último, el gran mudo, cansado de vejaciones y de miseria, queriendo hablar, sacudió el yugo del papa en los tiempos de la Reforma, y más tarde empezó á expulsar á los reyes en su famosa explosión del 89. Y la extraordinaria aventura del papado nació de ahí, conforme Pedro lo escribiera en su libro, una nueva fortuna que permitía al papa reanudar el secular ensueño; el papa, abandonando el cuidado de los tronos derribados y poniéndose al lado de los miserables creyendo al fin en esa ocasión, captárselos por completo. ¿No era realmente prodigioso, ese León XIII, desposeído de su reino, que permitía que le tildasen de socialista, que agrupaba tras sí el rebaño de los desheredados, que iba contra los reyes á la cabeza del cuarto estado al cual pertenecerá el siglo próximo? La eterna lucha por la posesión del pueblo continuaba con la antigua aspereza en la misma Roma, en espacio más restringido, el Vaticano y el Quirinal, el papa y el rey, pudiéndose ver desde sus ventanas, disputándose siempre la posesión del imperio, teniendo bajo sus ojos los tejados retostados de la antigua ciudad, esa población numerosa que iban á disputarse como se disputan á los pajarillos del bosque el halcón y el gavilán. Y era allí, para Pedro, en donde el catolicismo estaba condenado, abocado en una ruina fatal porque precisamente era monárquico en su esencia, hasta el punto de que el papado apostólico y romano no podía renunciar al poder temporal bajo pena de ser otra cosa y desapare-

cer. En vano fingía un retorno al pueblo, en vano se presentaba siendo todo alma, porque no había sitio en medio de nuestras democracias para la soberanía total y universal que tenía Dios. Siempre veía al *imperator* retoñar en el *pontifex maximus* y esto fué lo que mató su ensueño, destruyó su libro, acarreándole al montón de escombros ante el cual permanecía trastornado, sin fuerza ni valor.

La Roma inundada de ceniza, y cuyos edificios se borran, acabó por oprimirle de tal manera el corazón, que volvió á sentarse en la silla al lado de su equipaje. Nunca había experimentado una tristeza semejante y le pareció que aquello era el fin de su alma. Recordó cómo el viaje á Roma, ese nuevo experimento, se le impuso á consecuencia de su desastre de Lourdes. No fué á pedir la fe ingenua, íntegra del niño pequeño, sino la fe superior del intelectual que se eleva por cima de ritos y de símbolos, trabajando para la mayor dicha de la humanidad, basada en su necesidad de certidumbre. Y si todo eso se derrumbaba, si el catolicismo rejuvenecido no podía ser la religión, la ley moral del nuevo pueblo; si el papa en Roma, no era el Padre, el Arca de la alianza, el jefe espiritual obedecido, escuchado, entonces era á sus ojos el naufragio de la última esperanza, un supremo crugido en el que las sociedades actuales se desquician. Todo ese andamiaje del socialismo católico, que le pareciera tan hermoso, tan triunfante para consolidar la vetusta Iglesia, veíalo por el suelo en aquellos momentos; juzgábalo durante muchos años, podía sostener aún el edificio en severamente como un simple expediente transitorio que, durante muchos años, podía sostener aún el edificio en ruina, pero todas esas cosas no estaban cimentadas más que sobre una mala inteligencia voluntaria, sobre una habil mentira, sobre la diplomacia y la política. ¡No! ¡No! ¡El pueblo captado, y una vez más víctima, acariciado para ser esclavizado, repugnaba á la razón, y todo el sistema presentábase bastardo, peligroso, contemporalizador y hecho para ir á parar á peores catástrofes. Entonces, esto era el fin; nada quedaba en pie, el mundo antiguo iba á desaparecer en la sangrienta crisis cuya proximidad anunciaban ciertos signos. Y Pedro, ante ese caos, no tenía alma, habiendo perdido de nuevo la fe en ese experimento



que le parecía definitivo, habiendo estado convencido de antemano que iba á salir de él con ella aniquilada ó afirmada. ¡Y fué el rayo el que cayó! ¿Y qué iba á hacer entonces?

La angustia le oprimía tanto, que tuvo que levantarse y pasearse por la sala en busca de un poco de calma. ¡Gran Dios! ¿Qué hacer al presente en que le dominaba la duda inmensa, en que llegó á la negación dolorosa y que jamás le pesara tanto la sotana? Recordó su grito cuando negándose á someterse dijo á monseñor Nani que su alma no podía resignarse, que su esperanza de salvación por el amor y la caridad no podía morir y que respondería con otro libro en el que diría todo lo que había visto, todo lo que había oído, un libro en el que apareciera la Roma verdadera, la Roma sin amor y sin caridad y en camino de muerte con el orgullo de su púrpura. Quería regresar á París, abandonar la Iglesia é ir hasta el cisma. Pues bien, su equipaje estaba allí, se marcharía, escribiría su libro y sería el gran cismático al que esperaban. ¡Ah! ¡El cisma! ¿Acaso no lo anunciaba todo? ¿No parecía inminente en medio del prodigioso movimiento de los espíritus, cansados de antiguos dogmas y hambrientos, sin embargo, de lo divino? León XIII tenía de ello sorda conciencia, porque toda su política, su esfuerzo hacia la unidad cristiana, su ternura por la democracia, no tenían más objeto que el de agrupar la familia alrededor del papado, ensanchándolo y consolidándolo, con objeto de hacer que el papa fuese invencible en la lucha próxima; pero habían llegado los tiempos; el catolicismo iba á verse al extremo de las concesiones políticas, incapaz de ceder más sin morir, inmovilizado en Roma, tal cual un antiguo ídolo hierático, mientras que, en cambio, podía evolucionar fuera, en esos países de propaganda en los que se encontraba en lucha con otras religiones. Era por eso mismo por lo que Roma estaba condenada, tanto más cuanto que la abolición del poder temporal, acostumbrando al pensamiento á la idea de un papa puramente espiritual, desprendido del suelo, parecía debía favorecer á lo lejos el advenimiento de un antipapa, mientras que el sucesor de San Pedro se veía obligado á encerrarse en su ficción apostólica y romana. Un obispo, un presbítero iban á levan-

farse, pero, ¿dónde? Tal vez allá abajo, en aquella América tan libre, entre esos presbíteros á los que las necesidades de la lucha por la vida ha convertido en socialistas convencidos, en demócratas ardientes, dispuestos á marchar con el siglo próximo. Y mientras Roma no puede abandonar nada de su pasado, de los misterios y de los dogmas, ese presbítero abandonaría de esas cosas todo lo que se cae por sí mismo hecho polvo. ¡Ser ese presbítero, ese gran reformador, ese salvador de las modernas sociedades, qué ensueño más grandioso, qué papel de Mesías esperado y llamado por los pueblos en angustioso trance! Por un momento trastornóse Pedro, y un viento de esperanza y de triunfo le levantó, le llevó y si no era en Francia, en París, sería más lejos, al otro lado del Océano, ó más lejos aun, no importaba en qué parte del mundo, en una tierra bastante fecunda para que la nueva semilla creciese con una cosecha desbordante. ¡Una religión que realizase aquí bajo el reino de Dios de que habla el Evangelio, que repartiese equitativamente la riqueza, que hiciese reinar, con la ley del trabajo, la verdad y la justicia!

Excitado Pedro por la fiebre de ese nuevo papel, veía centellear ante sus ojos las páginas de su nuevo libro, en el que acabaría de destruir la antigua Roma, proclamando la ley del cristianismo rejuvenecido y libertador, y en esto pensaba, cuando de pronto sus miradas se fijaron en un objeto olvidado sobre una silla, cuya presencia le sorprendió en un principio. Era también un libro, la obra de Teófilo Morin, que el anciano Orlando le encargara entregarse á su autor, y se increpó á sí mismo cuando lo reconoció, diciéndose que muy bien lo podía haber olvidado allí. Antes de abrir otra vez la maleta para guardarlo, lo hojeó mirándolo por cima, y sus ideas cambiaron bruscamente como si de pronto se hubiese producido un acontecimiento de mucha consideración, uno de esos hechos decisivos que revolucionan un mundo.

La obra era, sin embargo, de las más modestas, el clásico manual para el bachillerato, que no contenía apenas más que los elementos de las ciencias, pero todas estas hallábanse representadas en él, resumiendo bastante bien el estado actual de los conocimientos humanos. Y era, en suma, la ciencia que hacía irrupción en los ensueños de

Pedro repentinamente con la masa, con la energía irresistible de una fuerza todopoderosa y soberana. No solamente quedaba barrido el cristianismo semejante al polvo de unas ruinas, sino que todas las concepciones religiosas, todas las hipótesis de lo divino se bamboleaban, se hundían. Nada más que con ese epitome escolar, con ese librito clásico, nada más que con el deseo universal de saber, con esa instrucción que se extiende siempre, que se apodera del pueblo entero, los misterios convertíanse en absurdos, los dogmas se derrumbaban y nada quedaba en pie de la antigua fe. Un pueblo nutrido de ciencia, que no cree ni en los misterios ni en los dogmas, ni en el sistema compensador de las penas y de las recompensas, es un pueblo en el que la fe está muerta para siempre, y sin fe, el catolicismo no puede vivir. Ahí está el lado cortante de la cuchilla, de la cuchilla que cae y parte. Si se necesita un siglo ó dos, la ciencia los tomará, porque sólo ella es la eterna. Es una inocencia decir que la razón no puede contradecir á la fe y que la ciencia debe ser la servidora de Dios. Lo que sí es cierto es que desde hoy las Escrituras están arruinadas y que para salvar algunos fragmentos ha sido preciso ponerlos de acuerdo con las nuevas certidumbres, refugiándose en el símbolo. Y qué actitud más extraordinaria la de la Iglesia prohibiendo á cualquiera que descubre una verdad contraria á los libros santos que se pronuncie de una manera definitiva con la esperanza de que ha de llegar un día en que se demuestre que esa verdad es un error. El papa es el único infalible, la ciencia es falible, y en contra suya se explota ese continuo testamento, se permanece al acecho para poner en contradicción sus descubrimientos de hoy con los de ayer. ¿Qué importan para un católico las afirmaciones sacrílegas, qué importan las afirmaciones, las certidumbres con que la ciencia contamina el dogma, puesto que es seguro, para él, que al finalizar los tiempos, ciencia y religión se reunirán, de manera que aquella será al pie de la letra humilde esclava de esta última? ¿No era hasta prodigiosa esa ceguera voluntaria y de imprudente actitud que llegaba hasta negar la claridad del sol? Y el librito ínfimo, el manual de verdad continuaba su obra, destruyendo, á pesar de todo, el error, construyendo la tierra del porve-

nir, de igual manera que los infinitamente pequeños, las fuerzas de la vida, han construido poco á poco los continentes.

En medio de la claridad que se hacía bruscamente, Pedro comprendió al fin que se luchaba en un terreno firme. ¿Por ventura ha retrocedido alguna vez la ciencia? Fué el catolicismo quien sin cesar retrocedió ante ella y quien se verá obligado á retroceder sin cesar. Jamás se detuvo en su camino y conquista; puso la verdad contra el error; decir que hace bancarrota porque de un golpe no puede explicar bien, el mundo, es sencillamente una sin razón. Si ha dejado, si deja sin duda un dominio cada vez más reducido en el que reina el misterio y si una hipótesis podrá siempre intentar dar una explicación, no es menos cierto que arruina, que arruinará cada vez más las antiguas hipótesis, las que se hundían ante las verdades conquistadas.

Y el catolicismo se halla en ese caso y mañana estará aún más que hoy. Como todas las religiones no es, en el fondo, más que una explicación del mundo, un código social y político superior destinado á hacer reinar toda la paz, toda la felicidad posibles sobre la tierra. Ese código que abraza universalidad de cosas, hácese humano, y como humano mortal, cual lo son todas las cosas humanas. No se le podría poner á un lado diciendo que ese código existe por su propia virtualidad, mientras que la ciencia existe por otra parte. La ciencia es total y lo demostró ya y lo hará ver aún obligándole á reparar las continuas brechas que le hace, hasta el día en que se lo lleve por delante á consecuencia de un salto de resplandeciente verdad.

Es cosa que hace reír el ver á algunas personas señalando un papel á la ciencia, prohibiendo á ésta que entre en tal ó cual dominio, predecirla que no llegará más allá y declarar al fin del siglo que, cansada al cabo, abdica. ¡Ah! ¡Pobres hombrecillos de cerebro obtuso ó mal conformado; políticos de expediente, dogmáticos acorralados, autoritarios que se obstinan en rehacer pasados ensueños, la ciencia pasará por cima de ellos y los arrastrará cual el viento se lleva las hojas secas!

Y Pedro continuó recorriendo el humilde libro, escu-